

# ELEMENTOS PARA UNA FONOLOGÍA COGNITIVA DE LA VARIACIÓN

FRANCISCO MORENO FERNÁNDEZ  
*Universidad de Alcalá de Henares*

## INTRODUCCIÓN

La sociolingüística cognitiva se preocupa por el estudio del conocimiento y de la percepción que los hablantes tienen de la variación lingüística, incorporando información relativa a los entornos comunicativos, a los procesos de interacción y al modo en que ambos son percibidos. Una sociolingüística cognitiva se preocupa de los entornos en que se producen las manifestaciones lingüísticas y de la percepción que los propios hablantes tienen de esos entornos y de las lenguas que conocen y que usan. Por tratarse de un ámbito que asume principios y conceptos de la lingüística cognitiva —conceptos como los de prototipo, centralidad, esquema, dominio cognitivo o modelo idealizado, entre otros (Langacker, 1987; Lakoff, 1987; Cuenca y Hilferty, 1999)—, la sociolingüística cognitiva se impone la obligación de afrontar, de un modo diferente al de la sociolingüística convencional, muchos de sus conceptos teóricos fundamentales, incluidos los de variable y variante sociolingüística, y de plantearse preguntas de investigación como estas: qué sabe el hablante acerca de la variación sociolingüística; dónde reside y cómo se configura ese conocimiento; o cómo detecta y responde el hablante a los patrones de variación lingüística de su comunidad. Estas páginas tienen como objeto reflexionar sobre la variación fónica y sociofonética desde una perspectiva cognitiva, con el fin de analizar sus fundamentos teóricos y sus principales derivaciones metodológicas.

## EL ESTUDIO DE LA VARIACIÓN SOCIOFONÉTICA

Si entendemos la variación como la alternancia de formas diferentes de decir lo mismo, los procesos de variación en el plano fónico han sido tratados tradicionalmente desde una doble perspectiva lingüística: la del estructuralismo, especialmente de Eugenio Coseriu, y la del variacionismo de William Labov. Como tendremos ocasión de comprobar, el planteamiento de fondo de una y otra perspectiva en rea-

lidad no está tan alejado, pero las diferencias de Escuela resaltan sobremanera las discrepancias sobre los elementos comunes.

Para el estructuralismo europeo, la variación lingüística se localiza fundamentalmente en los niveles más superficiales de la lengua —esto es, en la norma y en el habla—, si bien el nivel más abstracto, el sistema, también es lo suficientemente variable e inestable como para permitir que se produzca el cambio lingüístico (Coseriu, 1973). Las variantes que se hallan en el nivel de la norma se denominan *variantes combinatorias* o unidades *alo-* (*alófonos*, *alomorfos*). En el plano fonológico, los alófonos se producen en el proceso de actualización de un fonema, cuando toda la comunidad realiza en una posición determinada un sonido concreto y no otro cualquiera; estas variantes están en distribución complementaria, como es el caso de [b] y [β] en español, y por lo tanto nunca aparecen simultáneamente en un mismo contexto. Según los estructuralistas, las variantes que se dan en el nivel de la norma son de naturaleza abstracta y están vinculadas al ámbito de la *langue*; es decir, son realizaciones aceptadas por una norma sociocultural.

Junto a las variantes de la norma, se identifican las variantes del habla, de naturaleza concreta e individual y denominadas *variantes facultativas*. En este caso, se trata de variantes libres, que pueden aparecer en un mismo contexto y que se sustituyen mutuamente sin que por ello se produzcan diferencias de significado; este es el caso de [s], [h] y [ø], como variantes del fonema /s/ en posición final de sílaba. Las variantes facultativas pueden ser individuales, cuando la alternancia se produce en la pronunciación de un hablante, o generales, cuando una variante es de uso general, como ocurre con la variante sibilante predorsal en Andalucía, en Canarias o en América. La interpretación de la variación libre se ha venido resolviendo desde el estructuralismo bajo el rótulo del «polimorfismo» (Allières, 1954; Alvar, 1965-1966; Lope Blanch, 1979).

Estos conceptos son más que conocidos y en ellos se han formado muchas generaciones de estudiosos de la lengua, sobre todo en Europa. Sin embargo, cuando se trata de dar cuenta de la variación, el estructuralismo no parece aportar todas las respuestas requeridas. La realidad geolingüística y sociolingüística pone en evidencia algunas dificultades de la fonología estructuralista y plantea preguntas de solución poco fácil. Cuando Henriette Walter plantea un estudio empírico sobre la diversidad fonológica en la comunidad lingüística de París, señala la heterogeneidad observada en su grupo de referencia por razones de edad, de origen geográfico o de nivel de lengua, y propone abordarlo procediendo, en primer lugar, al análisis de idiolectos, cuya comparación permitiría el descubrimiento de los elementos comunes. Esa fase idiolectal del análisis la lleva a la descripción de la diversidad fonológica de sus informantes de la «École Pratique des Hautes Études» y a la propuesta de más de media docena de sistemas fonológicos. Decimos bien: «fonológicos». En este estudio, las variantes individuales observadas

se elevan al rango de elementos abstractos referidos a un individuo, que solo se convierten en comunes o comunitarios cuando se comparan los sistemas de varios hablantes. En otros casos, sin embargo, la explicación de las variantes individuales remite al nivel fonético, sin que se reconozca en ellas ningún tipo de abstracción: así interpreta López Morales (1984), por ejemplo, los casos de vocalismo abierto y cerrado en hablas andaluzas orientales. La diversidad «fonológica» entre comunidades diferentes fue tratada y, en gran medida resuelta, mediante el concepto de «diasistema» o «suprasistema» de Uriel Weinreich (1954), pero la solución no es tan evidente cuando se intenta relacionar esa «unidad en la diversidad social» con la que se daría en el nivel del hablante, del individuo.

Como vemos, las interpretaciones de hechos de una naturaleza similar, dentro de un mismo planteamiento teórico, pueden presentar unas discrepancias que hacen pensar que el problema es de otra naturaleza o que no se ha solucionado de un modo adecuado. Las dudas que se desprenden de esa diversidad de planteamientos serían del tipo: ¿cuál es el mecanismo que vincula los sistemas fonológicos de distintos lugares en un solo suprasistema?; ¿cómo se produce la vinculación entre sistema y suprasistema en el ámbito (psicológico) del hablante y en el ámbito (sociológico) de las comunidades de habla? Es recurrente la afirmación de que ningún hablante habla realmente una lengua (léase «suprasistema»), puesto que lo que se habla es alguna de las manifestaciones concretas de una lengua. Entonces, ¿cómo es posible que los hablantes se reconozcan como usuarios de una misma lengua cuando proceden de comunidades de habla diferentes o, incluso, cuando disponen de sistemas fonológicos con diferencias apreciables entre sí?; ¿qué mecanismo explica tal hecho?

Hay aún otros elementos de la variación que no han sido suficientemente explicados dentro de un mismo modelo teórico. Así, las variantes combinatorias lo son dentro de una comunidad de habla; por lo tanto, no funcionan las mismas variantes en todas las comunidades de una lengua, en todos los geolectos: ¿cómo se articulan, pues, esas variantes dentro del sistema general? Por su lado, las variantes facultativas que los estructuralistas llaman «generales», precisamente por ser generales en una comunidad, no serían variantes esporádicas ni variantes en distribución complementaria, sino elementos constantes, susceptibles, por tanto, de ser interpretados como fonemas, componentes de un sistema fonológico, aunque no serían fonemas compartidos. Esto ocurre, por ejemplo, con la [s] predorsal en el español de unos territorios, frente a la apical de otros. Por último, las variantes facultativas individuales son particulares por definición, pero, dentro de una comunidad, un grupo e incluso un individuo, es posible encontrar cierta regularidad en la alternancia de variantes: ¿cómo deberían valorarse esos patrones de regularidad en el modelo fonológico? En la propuesta estructuralista es evidente la falta de relación de lo psicológico con lo sociológico y de ambos con lo lingüístico. Al mismo tiempo, no ha podido resolverse completamente la ecuación que conecta el plano

fonológico y el fonético en lo que se refiere al ámbito de la variación, llevado al impreciso terreno del polimorfismo. Es más, fonología y variación son conceptos que suelen disponerse en planos lingüísticos diferentes.

Las propuestas generativistas no resuelven algunas de las cuestiones de fondo aquí planteadas. Los variacionistas norteamericanos, por su lado, siempre han estado condicionados por su entorno generativo-transformacional. Frente a la propuesta de *regla opcional*, concepto teóricamente endeble, la sociolingüística presentó una alternativa destinada a enriquecer el modelo generativista: la *regla variable* (Labov, 1969). Estas reglas ofrecían un marco teórico muy adecuado para dar cuenta de la variación: en su formulación, el segmento /X/ se manifiesta variablemente mediante [X] o [Z] y esto ocurre con diversa probabilidad en distintos contextos. A la información lingüística se añadía la correspondiente a sus probabilidades de aplicación. De esta forma, la regla variable explicaría en qué medida se cumple un fenómeno y en qué condiciones lingüísticas y sociales. Frente a las propuestas de «hablante oyente ideal» y de «comunidad homogénea», conceptos incompatibles con cualquier tipo de empirismo, la sociolingüística propone la experiencia de unos usos reales y variables. Desde el momento en que el variacionismo convierte estas propuestas en axiomas, aparece el choque dialéctico con el generativismo (Moreno Fernández, 1988: 128-130). El análisis emblemático de la sociolingüística variacionista es, sin duda, el que se conoce con el nombre de *análisis de regla variable*, y el variacionismo ha dedicado parte de sus energías a elaborar una prueba estadística capaz de medir hasta qué punto una serie de factores lingüísticos (contextuales y funcionales) y extralingüísticos (sociales y situacionales) determinan la aparición de cada una de las variantes de un fenómeno lingüístico variable.

El contraste de opiniones con el generativismo no ha hecho que los variacionistas norteamericanos pierdan de vista la referencia de la escuela chomskyana. Una demostración de la importancia concedida al generativismo por los variacionistas norteamericanos está en la propuesta del propio concepto de «regla variable», pero también en el abandono silencioso que se ha ido haciendo de él desde 1978. Las causas de este cambio de orientación son varias: por una parte, la dificultad de aplicar la regla variable en el campo de la sintaxis transformacional; por otra, los sucesivos cambios en el seno del generativismo, que han hecho que la elaboración de reglas no se ajuste a los planteamientos teóricos más recientes.

Muy unido a todos estos asuntos teóricos está el del emplazamiento de la variación sociolingüística dentro del conjunto de la lengua; dicho de otra forma, la localización de la variabilidad en el sistema. La sociolingüística variacionista parte de la idea de que la regla variable está vinculada a la competencia lingüística, pero en las explicaciones que se han hecho de esta hipótesis pueden observarse distintos matices de intensidad: para Labov, las reglas variables son *reglas de producción*, que pueden ser caracterizadas también como reglas de actuación, aunque

constituyen claramente un aspecto de la competencia. Para Cedergren y Sankoff (1978), la actuación es un reflejo estadístico —si bien aproximado— de la competencia y las reglas variables incluyen un componente probabilístico de lo lingüístico y de lo social. Podríamos decir que unos autores han defendido más radicalmente un concepto de regla variable como patrimonio exclusivo de la competencia, mientras otros no han descuidado los niveles de la lengua menos abstractos. Esta forma de ver las cosas es más capaz que la estructuralista a la hora de explicar la variación en el individuo y en relación con su comunidad; no le resulta fácil, sin embargo, zafarse de algunas dificultades derivadas de la configuración de la competencia sociolingüística: ¿dónde comienza lo social y termina lo psicológico en la competencia individual?; ¿cómo se incorpora lo cuantitativo en el seno de la competencia?; ¿cómo se articula la diversidad fonológica de los individuos y de las comunidades de habla con el nivel de homogeneidad que exige la existencia de una amplia comunidad idiomática?

Son muchas e importantes las cuestiones que estructuralismo y variacionismo dejan sin resolver plenamente o resuelven de una forma parcial y sin la aceptación general de la comunidad investigadora. Pero aún puede hablarse de una dificultad más, una dificultad de fondo, que limita y condiciona todo el dispositivo explicativo de la variación. Se trata de las unidades de análisis. Antes decíamos que las posiciones teóricas de estructuralismo y variacionismo no estaban tan alejadas. Esto se observa con nitidez cuando se tiene en cuenta que, desde ambas escuelas, las unidades que constituyen la base de todo análisis e interpretación son el «fonema» —llámese así o llámese «segmento»— el «alófono» —llámese así o llámese «variante»— y el «sonido» —llámese así o llámese «fono»—. Estamos ante unidades fundamentales, que también podríamos calificar de irrenunciables, pero que no son suficientes en su aporte teórico.

La fonología contemporánea (Clark, Yallop y Fletcher, 2007) ya ha señalado estas limitaciones y ha ofrecido alternativas teóricas a una fonología segmental: sirvan de muestra la fonología autosegmental, desarrollada por Goldsmith en los años setenta (Goldsmith, 1990), heredera en parte de la fonología prosódica de Firth (Kenstowicz, 1994) y ligada a la fonología métrica; la fonología CV, basada en la arquitectura silábica (Kahn, 1980); la fonología léxica, que incorpora los fenómenos morfológicos a un nivel fonémico de representación (Strauss, 1982); la fonología de dependencias, con sus representaciones de múltiples niveles —tono, pie, rima, sílaba, segmento— (Anderson y Ewen, 1987); la teoría de la optimalidad, que atiende tanto a hechos fonológicos como morfológicos y que explica los fenómenos fónicos, incluida la variación, como una competencia de condiciones o restricciones universales que afectan a una serie de candidatos (hechos fónicos) y que se jerarquizan de una manera particular (Prince y Smolensky, 2004); la fonología prosódica, que incorpora de modo sistemático niveles de constituyentes por encima de la sílaba y del pie; o la fonología experimental, que lleva a la práctica del laboratorio

pruebas con elementos fónicos de diversa complejidad (Clark, Yallop y Fletcher, 2007: 426-428) cuyo resultado afecta a la fonología de las lenguas y no solamente a su nivel fonético. Comprobamos, pues, que la fonología contemporánea es unánime a la hora de incorporar elementos por encima del nivel segmental. La fonología segmental, entendida al modo estructuralista y generativista clásico, no es suficientemente satisfactoria cuando se pone en relación con el uso lingüístico.

## EL CAMINO DE LA INTEGRACIÓN

Es tan evidente la distancia existente entre lo social y lo psicológico en los modelos que intentan dar cuenta de la variación lingüística, que no han faltado propuestas teóricas para intentar paliarla. En los intentos de acercamiento a los componentes esenciales de la variación —lingüísticos, sociales y psicológicos—, encaminados a la creación de modelos integradores, se ha ido revelando como esencial el elemento cognitivo: los procesos de cognición son claves para entender y explicar cómo es posible articular, dentro de la competencia, la materia lingüística, la social y la psicológica. No puede negarse que el cognitivismo ha impregnado, de un modo u otro, las propuestas variacionistas del propio William Labov, desde los trabajos de los años sesenta en que se establece el concepto de regla variable. En realidad, la inclusión de las probabilidades estadísticas dentro del modelo variacionista suponía prestar atención a una cuestión de esencia cognitiva, aún no resuelta de un modo definitivo: la posibilidad de que la competencia lingüística, en el nivel psicológico, incorpore un componente cuantitativo, específicamente probabilístico, que rija la aparición de unas variantes u otras según que el hablante calcule que son apropiadas a un contexto situacional o a un perfil sociológico determinado. Para Labov<sup>1</sup>, como para Cedergren y Sankoff, las probabilidades son muestra de una capacidad biológica del cerebro humano y forman parte de la competencia lingüística individual. El hablante, pues, sería capaz de calcular las probabilidades implicadas en una determinada variable lingüística y de elegir las variantes más adecuadas a cada circunstancia socio-comunicativa. Entonces, surge la pregunta: si el variacionismo de Labov no ha dudado en recurrir a conceptos cognitivos para dar cuenta de la variación sociolingüística en relación con la competencia, ¿por qué no ha ensanchado los límites de este cognitivismo y se ha encaminado decididamente hacia una sociolingüística cognitiva?

Creemos que el quid no ha estado en la concesión de un rol secundario a lo cognitivo, sino en que la investigación sociolingüística ha recibido una orientación que no permitía a lo cognitivo adquirir una mayor presencia explicativa. Se da la paradoja de que la sociolingüística laboviana, que desde sus orígenes ha buscado

<sup>1</sup> *Ápud* Gallistel, 1990; Labov, 1994: 580 y sigs.

como referente el generativismo transformacional, un generativismo que no dejaba espacio a lo social ni a lo externo y que se mostraba partidario de privilegiar solamente lo psicológico, ha encontrado en ello el principal freno para el desarrollo de una dimensión cognitiva capaz de conjugar lo individual con lo social, lo externo con lo interno. Por otro lado, estamos de acuerdo con Rocío Caravedo cuando habla de que la dirección analítica del variacionismo ha primado la observación de la variación en micro-contextos de contigüidad sintagmática, ligados a unas pocas categorías de orden social y situacional, no siempre bien definidas. Al hacerlo así, se ha ignorado o minusvalorado el estudio de la variación en contextos más amplios, por eso

se hace necesaria una inversión complementaria de la dirección analítica: tratar de definir los macrocontextos, los tipos de sociedades, los sistemas valorativos de los hablantes que forman parte de ellas, para comprender los cambios en la organización de la lengua y reinterpretarlos en consonancia con el trasfondo cognoscitivo de los hablantes implicados, considerado, por supuesto, en un sentido social más que individual (Caravedo, 2003: 547).

Ese cambio de dirección, al que nos adherimos, ya ha comenzado a darse de una manera que no puede calificarse de casual o esporádica. Y se percibe en las propuestas de modelos integradores, que se han presentado tanto desde una lingüística de base funcional-estructuralista como desde una lingüística de marcado origen variacionista. En esta línea, las dos propuestas más destacadas, desde mi punto de vista, son las teorías de la propia Rocío Caravedo (1990) sobre los espacios funcionales y de Dennis Preston sobre el modelo psicolingüístico de la variación (2004). No prescindimos de las aportaciones más recientes de William, pero solo se aludirá a ellas algo más adelante.

Señalaba Rocío Caravedo en 1990 que resulta mucho más natural tender el puente entre la tradición estructuralista funcional y la teoría laboviana de la variación que enlazar esta teoría con los principios generativistas, que marginan el carácter social y externo del lenguaje para privilegiar lo interno y psicológico. Por eso, esta autora aborda la explicación de la variabilidad desde planteamientos funcionalistas y propone tratar esa variabilidad, no en términos de variantes de unos fonemas determinados, sino como «espacios de variabilidad» cuyo límite sería la funcionalidad del significado representativo. Caravedo renuncia al concepto de fonema como unidad invariante y propone sustituirlo por el concepto de «zona funcional» con límites móviles o desplazables según las comunidades y grupos que en cada caso se analicen. En esta interpretación, las variantes lingüísticas se desplazan o alternan dentro de una misma zona y las zonas pueden relajar sus límites o re-crearse según condicionamientos fónicos, morfológicos y sintácticos o, incluso, según condicionamientos extralingüísticos (tiempo, geografía, sociedad, situación). En la formulación teórica de Caravedo (1990: 66) se distinguen tres niveles conceptuales:

- a) *Zona funcional*. Espacio permisible de realización fónica en un *continuum* cuyos límites pueden coincidir con la capacidad discriminativa de significado en las unidades léxicas. Las variantes oclusiva y fricativa de /b/ del español pertenecen a la misma zona funcional.
- b) *Espacio de variabilidad*. Área de variación que suele coincidir con una zona funcional, pero que puede desplazarse entre zonas distintas o afectar a varias de ellas simultáneamente en virtud de determinadas circunstancias lingüísticas. El posible uso de /b, g, d/ en una posición final de sílaba —área de distensión— (p. e. [ob.ser.'bar], [og.ser.'bar], [od.ser.'bar]) se debe a que las tres unidades pueden aparecer en un mismo espacio de variabilidad.
- c) *Variación*. Expresión diferenciada y organizada de la variabilidad en entidades perceptibles y reconocibles en el análisis fónico. Cuando la variación no produce un cambio de significado, se denomina «variación no funcional»; cuando la variación lleva a una modificación del significado primitivo, se habla de variación «funcional».

En lo que atañe a la cuantificación como característica inherente de la variabilidad, Caravedo no niega que la competencia lingüística sea capaz de albergar un componente estadístico o cuantitativo, como se defiende en el variacionismo norteamericano, pero sí llama la atención sobre algunos hechos significativos, como que no todos los fenómenos de variación presentan el mismo grado de recurrencia, que no todo lo cuantitativamente frecuente tiene por qué ser relevante o que no todo lo infrecuente es irrelevante. Además, es necesario resaltar que el criterio de frecuencia pierde relevancia explicativa cuando se trata de variación funcional —la que supone cambio de significado—, cuando se cruzan diferentes variables y variantes —algo frecuente en los procesos de cambio— o cuando la variación se produce en contextos sociales asimétricos o conflictivos, con varios usos, modelos y variaciones, en situaciones de variedades en contacto. Es en estos casos donde los elementos cognoscitivos ligados a la percepción adquieren su mayor peso. La variación, así, integra la dimensión cognitiva y se reinterpreta desde una posición psicológica sin descuidar su componente social y situacional.

El mismo deseo de conjugar los aspectos sociolingüísticos y psicolingüísticos en la competencia sociolingüística llevó a Dennis Preston a proponer un modelo de variación que explicamos a partir de la figura 1, como ya hicimos en 2005 (Moreno Fernández, 2005). El modelo de Preston se interpreta de arriba abajo e incluye varios componentes, que se comportan de forma independiente o modular. El modelo está construido sobre la imagen de un hablante bilingüe —más complejo; por eso incluye dos gramáticas individuales— y en él se parte de la intención del hablante de decir algo o de querer decir algo adecuado a un contexto determinado. En el momento del decir, el hablante acude a la gramática para elegir los elementos que corresponden a su intención, de acuerdo con la información disponi-



ble. Al llegar a la gramática se puede encontrar que ofrece varias opciones que no son internamente incompatibles (variantes en distribución complementaria). En el caso de los hablantes bilingües, estos pueden decidir si acuden a una lengua (gramática 1) o a otra (gramática 2), donde también pueden encontrarse diversas opciones. La elección de una opción u otra por parte del hablante se ejecuta activando un mecanismo de selección sociocultural, que podría estar relacionado con otros principios sociocognitivos más generales.

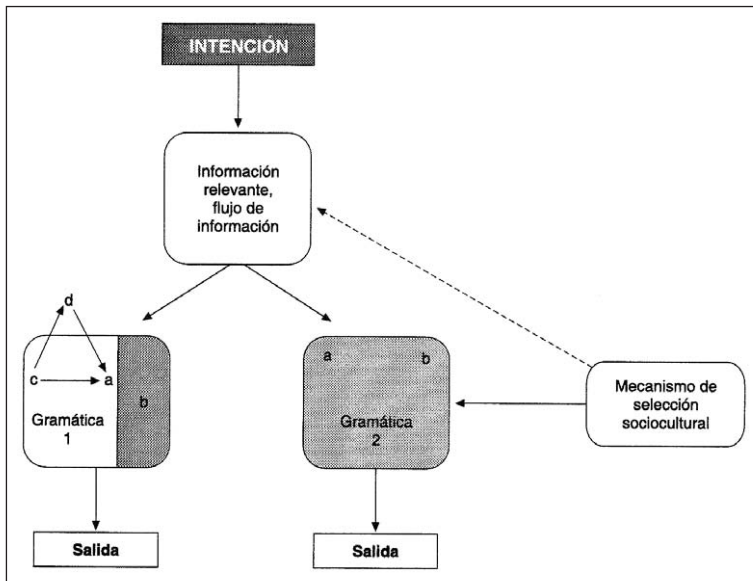


Figura 1. Modelo psicolingüístico de variación, según D. Preston (2004: 156).

Para Dennis Preston, la competencia lingüística refleja una variabilidad inherente. La competencia ofrece opciones inherentes en cuya selección interviene un mecanismo sociocultural. Ahora bien, el proceso de variación en el nivel de la(s) gramática(s) suele resultar algo más complejo que la simple inclusión de dos o más alternativas. En la figura se observa, por una parte, que existen opciones determinadas por elementos externos a la lengua (gramática) propiamente dicha y, por otra, que la materia lingüística no es completamente homogénea. En el primer caso, se hace referencia a la existencia de un posible elemento «d», perteneciente al nivel del discurso o a la información pragmática relevante para la enunciación, que podría influir sobre la aparición de un elemento de la gramática propiamente dicha («a») y que, a su vez, también podría recibir la influencia de un elemento gramatical interno («c» en la figura). Este hecho está revelando la estrecha relación que mantienen los procesos gramaticales y discursivos. Al mismo tiempo se observa que, dentro de la gramática, unos rasgos lingüísticos pueden determinar la aparición de otros: esto es, la selección de «a» o «c» puede responder a la activación del

mecanismo de selección sociocultural, pero también a la influencia de factores internos (Moreno Fernández, 2005: 306).

Por otro lado, Preston interpreta que no todas las lenguas tienen el mismo nivel de solidez u homogeneidad: la parte sombreada de la lengua 1 refleja todo aquello que, formando parte de ella, fue adquirido, en una segunda fase, después de la lengua vernácula (*post-vernacular*). Preston califica esta parte de la gramática como más débil y sostiene que el hablante no hace de ella un uso tan fluido como el que hace de la adquirida en la primera etapa de su vida, aunque presente elementos disponibles para su selección («b» en la figura). La lengua 2 también puede ofrecer un grado de debilidad que podría afectar a todo su espacio (representación levemente sombreada). Esto ocurre cuando esa lengua no se adquiere en una edad temprana; por ejemplo, cuando se aprende una lengua extranjera en la madurez. De este modo, Preston conjuga en un solo modelo aspectos claves de la variación: la variabilidad inherente, la selección determinada por factores socioculturales, los mecanismos internos de variación, la interrelación del nivel gramatical y el discursivo, el lugar de la variación en sujetos bilingües; en definitiva, la interrelación entre lo psicolingüístico y lo sociolingüístico.

A pesar del peso que las teorías que se acaban de comentar conceden a lo cognitivo, sería injusto ocultar que la sociolingüística laboviana se ha ido haciendo más cognitivista conforme Labov ha ampliado y profundizado su objeto de estudio, como lo prueba la importancia concedida a elementos de psicología social en la explicación de la variación y el cambio lingüístico. Sirva como ejemplo el tratamiento del concepto de «líder» o la importancia concedida a la figura de los jueces como instrumento metodológico para determinar el grado de desvío de ciertos usos lingüísticos respecto de una norma (Labov 2001; 2008). Esta interpretación psicológica de la variación, no obstante, deja aún más en evidencia la limitación de los recursos utilizados hasta el momento para el estudio de la variación sociolingüística, limitación que puede ser compensada con el progreso de la perspectiva cognitivista en la explicación de la variación sociolingüística.

#### LA FONOLOGÍA BASADA EN EL USO

Las bases para un estudio cognitivo de la variación fónica quedaron establecidas en la obra fundacional de Langacker (1987), aunque han tenido un especial desarrollo desde la línea de investigación denominada «lingüística basada en el uso». En nuestra opinión, la «fonología basada en el uso» ofrece garantías suficientes para explicar la variación sociofonética en el marco de una sociolingüística cognitiva y por eso resulta importante conocer sus fundamentos teóricos. El uso lingüístico —ignorado en la base del estructuralismo y del generativismo— contribuye a perfilar la forma y el contenido de los sistemas fónicos. La frecuencia con que

las palabras o las secuencias de palabras se usan y la frecuencia con que ciertos patrones recurren en la lengua afecta tanto a la representación mental como a la forma fónica de las palabras. Cuando se habla de uso lingüístico, se hace referencia no solamente al mero procesamiento del lenguaje, sino a todos los usos sociales e interactivos a los que la lengua se expone. La frecuencia con que se usan ciertas palabras, frases o secuencias acaba teniendo consecuencias sobre su estructura fonológica.

Los modelos teóricos que subyacen a esta interpretación de la lengua basada en el uso son tres principalmente: las *teorías de la categorización natural*, de la psicóloga Eleanor Rosch, que sostienen que la forma de categorizar la realidad no se produce siempre a través de categorías discretas, basadas en la ausencia o presencia de rasgos, sino mediante la comparación de elementos con una realidad considerada como central; el *modelo computacional*, que ayuda a explicar los procesos de almacenamiento mental y se basa en la existencia de una conducta probabilística; finalmente, las *teorías de los sistemas complejos* y sus propiedades emergentes, para las que la aplicación reiterada de unas propiedades puede convertirlas en estructurales. Estas últimas teorías sostienen que el uso y la sustancia —tanto la fónica como la semántica— interactúan para crear estructuras y que la sustancia fonética afecta de lleno al ámbito de la fonología.

A partir de todos estos planteamientos, es posible encontrar líneas interpretativas de las estructuras de la lengua en las que se conecta lo fónico con lo gramatical, lo discursivo y lo social, y que contribuyen a integrar lo diacrónico con lo sincrónico. En lo que se refiere a las probabilidades de aparición de los elementos lingüísticos, la fonología basada en el uso acepta las conclusiones de los psicolingüistas que afirman que las palabras más frecuentes son más accesibles para el hablante que las menos frecuentes, lo que explicaría por qué pueden mantener un alto nivel de uso formas aparentemente extrañas al sistema, como las que suelen recibir la etiqueta de irregulares. Las estructuras lingüísticas se crean y consolidan mediante procesos de repetición, tanto si son individuales como si son colectivos; es decir, convencionales. La repetición, por otra parte, puede provocar que los significados se difuminen y las categorías se flexibilicen, como consecuencia de su mayor o menor frecuencia de uso, una frecuencia que puede afectar a un elemento concreto o a un tipo de elementos lingüísticos, y que viene condicionada por los dominios o entornos de uso. Los cambios lingüísticos se producen más rápidamente cuando los rasgos concretos en mutación tienen una mayor frecuencia, a pesar de que esa misma frecuencia pueda favorecer la retención de alguna de las fases del cambio.

También existe una frecuencia que afecta a «tipos» o «clases» de elementos lingüísticos y que puede dar lugar a la creación de esquemas, construidos a partir de un número elevado de casos referidos a un mismo patrón o modelo. En el ámbi-

to fónico, por estar tan implicada la configuración fisiológica de la articulación humana, la práctica de los rasgos es esencial y la frecuencia de aparición de los rasgos, su repetición, los hábitos articulatorios que acompañan a la emisión de palabras y discursos, son sencillamente esenciales. Joan Bybee (2001) ha propuesto una fonología basada en el uso que se construye a partir de los siguientes principios:

1. La experiencia influye sobre la representación de los fenómenos lingüísticos en la memoria de los hablantes.
2. Las representaciones de los objetos lingüísticos poseen las mismas propiedades como representaciones mentales que como objetos.
3. Las categorizaciones se basan en los conceptos de identidad y similaridad y hacen posible un adecuado almacenado de las percepciones fonológicas.
4. Las generalizaciones no son independientes de las representaciones almacenadas, sino que surgen de ellas.
5. La organización léxica supone generalizaciones y una segmentación en varios grados de abstracción y de generalidad.
6. El conocimiento de la gramática es un conocimiento procedimental, como la mayor parte del conocimiento lingüístico: la gramática se aprende usándola, como el manejo de automóviles se aprende conduciendo.

La sociolingüística cognitiva propone que las unidades llamadas «fonemas» y sus variantes han de interpretarse como categorías sujetas a los caracteres básicos del cognitivismo. Ello exige aceptar la posibilidad de que los tradicionales fonemas se interpreten por medio del concepto cognitivista de «esquema». Un esquema es un conjunto estático de elementos almacenados y categorizados a partir de un proceso de generalización de unidades lingüísticas practicado por los hablantes. Ese almacenamiento se organiza mediante un sistema de conexiones léxicas basadas en rasgos fónicos y semánticos. A su vez, cuando las palabras se relacionan mediante conexiones semánticas y fónicas, las relaciones también pueden convertirse en morfológicas.

La fonología cognitiva está aportando información muy valiosa sobre la forma en que los rasgos fónicos son percibidos, categorizados y almacenados por los hablantes. Estos, en tanto que oyentes, ordenan los rasgos percibidos como acústicamente relevantes en categorías fonéticas discretas, primando la información relativa a la identidad categorial y diluyendo la información sobre la forma acústica concreta. De este modo, se construyen las categorías estructurales, teniendo como referencia un representante «central» o «mejor ejemplar», que puede estar sujeto a efectos contextuales, como el perfil del hablante o el propio contexto fonético. Precisamente por esta influencia del contexto, es posible hallar en ocasio-

nes no solo un prototipo o miembro central de una categoría, sino varios, que se activan en función del contexto. En el establecimiento de las categorías y de sus prototipos, es fundamental la frecuencia de los hechos fónicos conocidos por el hablante, así como la similitud de los rasgos percibidos. Cuando pensamos en «ejemplares» y no en prototipos, los rasgos percibidos son categorizados y almacenados de tal manera que se crean categorías que reflejan directamente las posibilidades de variación. En el gráfico, creado por Keith Johnson, los ejemplares, originados en distintas condiciones sociales y contextuales, se agrupan en una misma área, que permite su categorización conjunta.

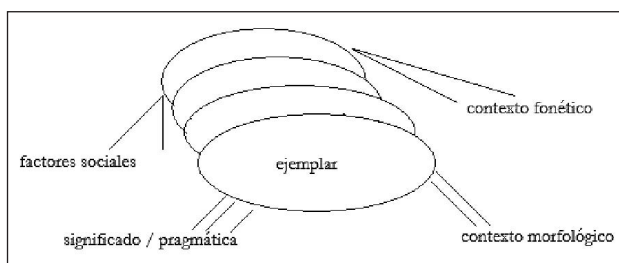


Figura 2. Representación de ejemplares y factores a los que se asocian. Basado en Johnson (1997).

Siendo así, ¿en qué se diferencian los conceptos de esquema, prototipo y ejemplar del tradicional concepto de fonema? En un factor singularmente significativo: los esquemas, prototipos y ejemplares fonológicos se construyen a partir de la frecuencia de unos rasgos fónicos. Los esquemas son realidades emergentes, no vienen dadas por un sistema y, consecuentemente, pueden surgir y desaparecer gradualmente. Cuando hablamos de categorías fónicas perceptivas, pensamos en prototipos o conjuntos de variantes cercanas que se agrupan por su similitud; cada variante será una manifestación relevante en un contexto determinado y todas las variantes se manifestarán en el ámbito de la palabra, razón por la cual su almacenamiento está ligado al de las unidades léxicas. Si se parte de un modelo del ejemplar, todas las variantes de la palabra se almacenarán de forma categorizada y vinculada a sus contextos de aparición. Si se parte más bien de un modelo de prototipos, lo que se almacena es una representación abstracta de cada palabra, construida a partir de una serie de casos específicos que, una vez construido el prototipo, dejan de ser relevantes y que se valoran en la medida en que se aproximen al miembro central o se establezcan en su periferia.

#### LA VARIACIÓN FÓNICA DESDE UN PLANO COGNITIVO

La fonología basada en el uso ofrece los cimientos necesarios para abordar una adecuada interpretación de la variación sociofonética. Los conceptos de «esquema»

y de «prototipo» forman parte de esos cimientos. Al hablar de «esquema» se piensa en una realidad abstracta ligada a manifestaciones más concretas y plenamente compatibles con todos los miembros de la categoría que lo define. El esquema proporciona menos información que los casos que lo materializan y es compatible con una amplia serie de elaboraciones. Siendo así, los esquemas podrían ordenarse en una jerarquía de esquematicidad y admitirían un abanico más o menos amplio y flexible de variaciones. Por otra parte, al hablar de «prototipos» se piensa en ejemplos tipo y típicos de una categoría determinada, de modo que otros elementos puedan asimilarse a la categoría general dependiendo de la similaridad percibida respecto del prototipo.

Los esquemas y los prototipos son realidades conectadas, en relación con los elementos de la realidad percibidos. Esta conexión se establece del siguiente modo: un elemento X de la realidad puede asimilarse a la categoría definida por un prototipo PT, de modo que la completa adecuación de X a las especificaciones del PT permitiría reconocerlo como una muestra central o prototípica de la categoría. Si en este proceso no existen conflictos, el PT podría interpretarse como proyección de un esquema, al que también se ajustaría el elemento X, puesto que existiría una similaridad entre X y PT.

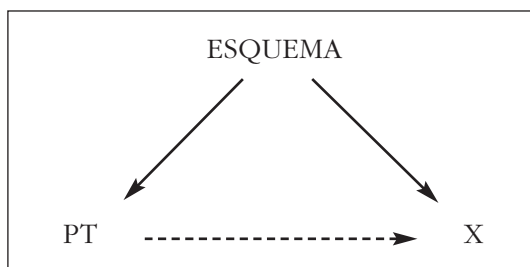


Figura 3. Esquema y prototipo.

Al trasladar esta base conceptual al campo fónico, han de aceptarse una serie de hechos, comentados por Langacker, que constituyen las premisas teóricas que condicionarán otros aspectos de naturaleza teórica y metodológica:

- a) los sonidos de una lengua no se limitan a ordenarse en una lista cerrada de fonemas, sino que afectan a los niveles suprasegmentales, como se viene preconizando desde la fonología autosegmental, prosódica o de dependencias;
- b) los sonidos de una lengua no son percibidos del mismo modo por todos los hablantes; algunos de ellos incluso pasan inadvertidos;
- c) las variantes fónicas pueden darse tanto en un nivel de consciencia como en un nivel inconsciente;

- d) los sonidos de una lengua pueden ser considerados como ejemplares, que reflejan sus posibilidades de variación (alofónica) y los factores que la condicionan;
- e) las variantes fónicas con-forman entidades complejas, mediante un proceso de categorización;
- f) las categorías complejas pueden ordenarse internamente en diversos niveles de abstracción, de acuerdo con los conceptos de esquema, prototipo y elemento o muestra.

Estos principios teóricos dan cuenta de los elementos cardinales de la variación fónica, entendida esta como la alternancia de formas diferentes de decir lo mismo, incluida la variación ligada a factores extralingüísticos. Como se desprende de esta base teórica, en la configuración de la variación podrían distinguirse dos o más niveles de abstracción:

1. El nivel del *esquema*, el más abstracto, que se correspondería con lo que el hablante *crea que se debe pronunciar* como consecuencia de su experiencia social y lingüística del uso de la lengua en la comunidad. El esquema podría identificarse con el tradicional concepto de fonema, con todas las diferencias señaladas más arriba en cuanto a su configuración y evolución. El almacenamiento de los esquemas estaría asociado al almacenamiento de palabras, cuya organización se realiza sobre una base semántica y sobre la propia base fónica, e incorporaría información cuantitativa, relativa a frecuencias de uso. Representaremos los esquemas entre paréntesis precedidos de la letra «E»: p. e. E(k), que se leería como «esquema velar oclusivo sordo».

2. En un segundo nivel se hallaría el *prototipo*, que se correspondería con lo que el hablante *crea que pronuncia* habitualmente, de forma que las realizaciones fónicas concretas —las suyas y las ajenas— podrían caracterizarse por su carácter más central o más periférico; esto es, por su grado de similitud respecto al prototipo. Desde el modelo cognitivo de la muestra, las realizaciones fónicas empleadas en contextos lingüísticos, sociales y situacionales concretos construirían un grupo de muestras, y cada una de ellas se asociaría a un contexto determinado. Entre lo que el hablante cree que pronuncia se incluyen sonidos con características diferentes de las percibidas; e, incluso, la ausencia de sonidos. Esta información es almacenada en el cerebro del hablante, asociada a los esquemas correspondientes, pero incorporando información relativa a los usos en contexto. Representaremos el prototipo entre paréntesis precedido de las letras «PT»: p. e. PT(k), que se leería como «prototipo velar oclusivo sordo».

3. En un tercer nivel de concreción, aparecerían los *sonidos que realmente se pronuncian*, aunque puedan ofrecer unas características inhabituales o no percibidas por el hablante. También se incluyen los casos de ausencias de sonidos que no son percibidas como tales. Representaremos los sonidos entre paréntesis cua-

drados, encerrados, a su vez, entre paréntesis redondos: p. e. ([k]), lo que se leería como «sonido velar oclusivo sordo». El uso de los paréntesis redondos, en este caso y en los anteriores, permite incluir información relativa a elementos contextuales que puedan formar parte de la percepción del hablante. Así, (-[k]) representa un sonido velar oclusivo sordo en posición final de sílaba.

Con el fin de ilustrar la estructuración de estos conceptos teóricos, nos valdremos de los fenómenos que se producen en torno al uso de /s/ en posición final de sílaba en español. La interpretación cognitiva de la variación correspondiente a /s/ final de sílaba, supondría pensar en un esquema E(-s), que vendría a corresponderse con la abstracción del fonema /s/, fijada en la mente de los hablantes a través de su frecuencia de uso y de otros medios, muy especialmente de la escritura. En muchas comunidades hispánicas, sobre todo en las más conservadoras, ese esquema se asocia a una pronunciación prototípica que sería PT(-s), en su manifestación fonética más frecuente: la sibilante. Asociadas a ese mismo esquema están sus diversas manifestaciones fonéticas, que podrían compartir más o menos rasgos con el PT, pero que se conectan claramente en la percepción del hablante (p. e. sibilancia (-[s]), aspiración (-[h]), sonido consonántico asimilado, modificación de sonido adyacente). En todos estos casos, el hablante tiene la percepción de remitirse a un mismo esquema E(-s) y, en numerosas ocasiones, de pronunciar un sonido central o prototípico PT(-s), aunque la pronunciación real sea muy diferente, incluso no percibida por el hablante<sup>2</sup>.

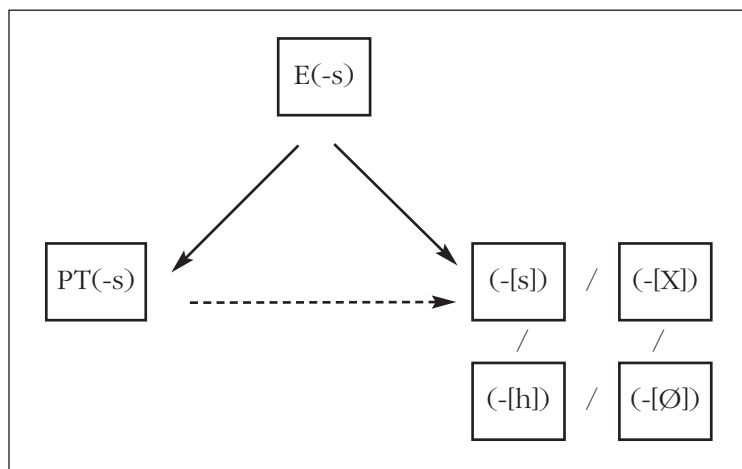


Figura 4. Esquema de -s en español, en comunidades de consonantismo implorivo conservador.

<sup>2</sup> Representamos con (-[X]) la pronunciación de cualquier otro elemento consonántico que pudiera aparecer en lo que Caravedo llama el mismo «espacio de variabilidad». El hablante puede no tener conciencia de qué sonido se está pronunciando, de ahí que utilizemos la X versalita.



En este segundo nivel, lo que el hablante cree que pronuncia puede ser incluso un elemento abstracto PT(-X), que nos indicaría que el hablante sabe que pronuncia algo, aunque no sepa o no tenga por qué saber qué es exactamente; incluso puede que lo que se produzca sea un cero fonético.

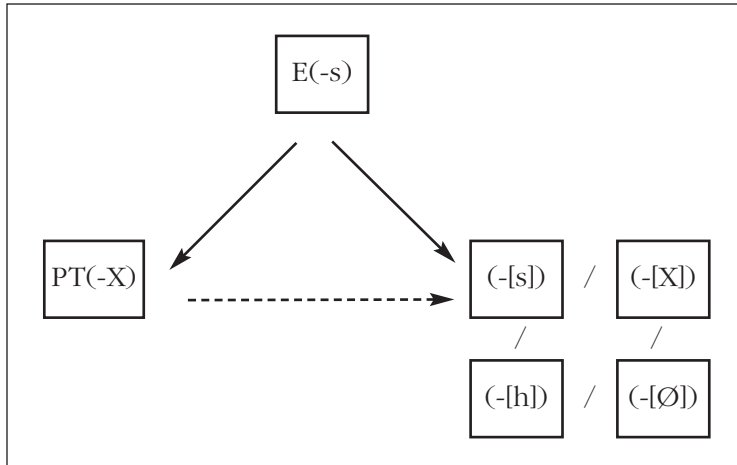


Figura 5. Esquema de -s en español, en comunidades de consonantismo implosivo innovador (I).

En las comunidades hispánicas más innovadoras, como la canaria, el esquema podría ser el mismo, pero con la aspiración como prototipo, ya que podría existir la conciencia colectiva de que el PT no es sibilante, sino aspirado; el resto de la categoría compleja se organizaría de modo similar al caso anterior.

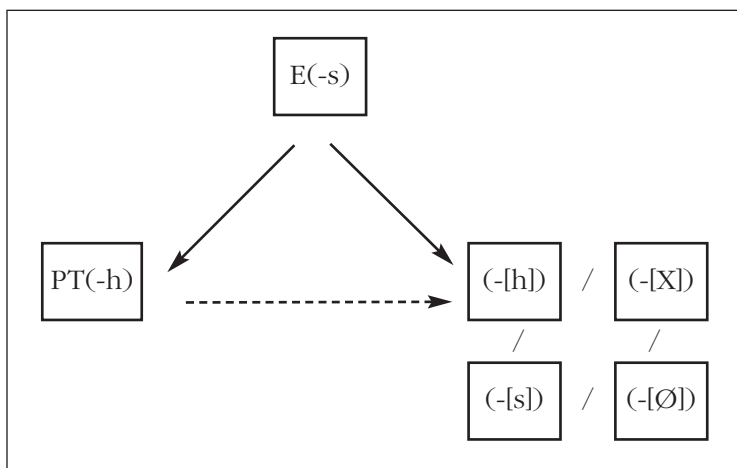


Figura 6. Esquema de -s en el español de Canarias.

También podríamos encontrar casos en los que el PT fuera la ausencia de sonido, lo que ocurriría allá donde se dice que lo normal de un habla es «comerse las eses finales». Hasta tal punto podría existir tal convencimiento, que el hablante sería capaz de interpretar como cero fonético realizaciones fónicas reales, incluida la sibilante.

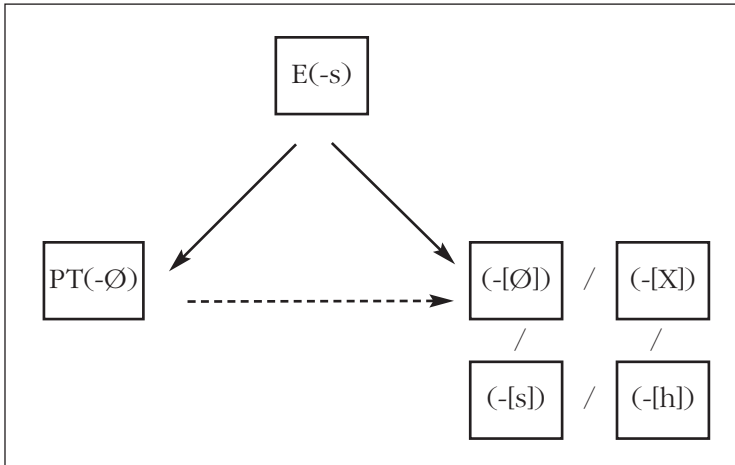


Figura 7. Esquema de -s en español, en comunidades de consonantismo implosivo innovador (II).

Sea como fuere, en todas las posibilidades comentadas, las diversas variantes fónicas podrían asociarse a determinados valores sociolingüísticos y estilísticos. A partir de aquí sería posible componer el inventario de esquemas y prototipos para las comunidades de habla del mundo hispánico, en un ejercicio descriptivo y de formalización que habrá de realizarse en su momento.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Allières, Jacques (1954): «Un exemple de polymorphisme phonétique: le polymorphisme de l's implosif en gascon garonnais», *Via Domitia*, I, 70-103.
- Alvar, Manuel (1965-1966): «Polimorfismo y otros aspectos fonéticos en el habla de Santo Tomás de Ajusco», *Anuario de Letras*, VI, 353-377.
- Anderson, John M. y Collin J. Ewen (1987): *Principles of dependency phonology*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Bybee, Joan (2001): *Phonology and Language Use*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Caravedo, Rocío (1990): *Sociolingüística del español de Lima*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Caravedo, Rocío (2003): «Problemas conceptuales y metodológicos de la lingüística de la variación», en F. Moreno Fernández, F. Gimeno Menéndez, J. A. Samper, M. L. Gutiérrez Araus, M. Vaquero y C. Hernández (coords.), *Lengua, variación y contexto. Estudios dedicados a Humberto López Morales*, Madrid, Arco/Libros, 541-557.

- Cedergren, Henrietta y David Sankoff (1974): «Variables rules: performance as a statistical reflection of competence», *Language*, 50, 333-355.
- Clark, John, Colin Yallop y Janet Fletcher (2007): *An Introduction to Phonetics and Phonology*, Oxford, Blackwell, 3.<sup>a</sup> ed.
- Coseriu, Eugenio (1973): «Sistema, norma y habla», en *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Madrid, Gredos, 3.<sup>a</sup> ed., 11-113.
- Coseriu, Eugenio (1973): «Forma y sustancia en los sonidos del lenguaje», en *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Madrid, Gredos, 3.<sup>a</sup> ed., 115-234.
- Croft, William y D. Alan Cruse (2008): *Lingüística cognitiva*, Madrid, Akal.
- Cuenca, Maria Josep y Joseph Hilferty (1999): *Introducción a la lingüística cognitiva*, Barcelona, Ariel.
- Gallistel, Randolph (1990): *The organization of learning*, Cambridge, The MIT Press.
- Goldsmith, John A. (1990): *Autosegmental and Metrical Phonology*, Oxford, Blackwell.
- Johnson, Keith (1997): «Speech perception without speaker normalization», en K. Johnson y J. W. Mullenix (eds.), *Talker variability in speech processing*, San Diego, Academic Press, 145-165.
- Kahn, Daniel (1980): *Syllable-based generalizations in English Phonology*, New York, Garland.
- Kenstowick, Michael (1994): *Phonology in generative grammar*, Oxford, Blackwell.
- Kristiansen, Gitte (2004): *Referencia exofórica y estereotipos lingüísticos: una aproximación sociocognitiva a la variación alofónica libre en el lenguaje natural*, Tesis Doctoral, <<http://www.ucm.es/BUCM/tesis/fl/ucm-t27033.pdf>> [2/08/2008].
- Kristiansen, Gitte y René Dirven, eds. (2008): *Cognitive Sociolinguistics. Language Variation, Cultural Models, Social Systems*, Berlin, Mouton-De Gruyter.
- Labov, William (1969): «Contraction, Deletion, and Inherent Variability of the English Copula», *Language*, 45, 715-762.
- Labov, William (1994): *Principles of Linguistic Change. Vol. I. Internal Factors*, Oxford, Blackwell.
- Labov, William (2001): *Principles of Linguistics Change. Vol. II. Social Factors*, Oxford, Blackwell.
- Labov, William (2008): *The Cognitive Capacities of the Sociolinguistic Monitor*, <<http://www.ling.upenn.edu/~wlabov/home.html>>.
- Lakoff, George (1987): *Women, Fire, and Dangerous Things. What Categories Reveals about Mind*, Chicago, The University of Chicago.
- Langacker, Ronald W. (1987): *Foundations of Cognitive Grammar. Volume I: Theoretical Prerequisites*, Stanford, Stanford University Press.
- Langacker, Ronald W. (1991): *Foundations of Cognitive Grammar. Volume II: Descriptive Applications*, Stanford, Stanford University Press.
- Lope Blanch, Juan M. (1979): «En torno al polimorfismo», en *Investigaciones sobre dialectología mexicana*, México, UNAM, 7-16.
- López García, Ángel (2003): «El lugar de la lingüística variacionista en las ciencias del lenguaje», en F. Moreno Fernández, F. Gimeno Menéndez, J. A. Samper, M. L. Gutiérrez Araus, M. Vaquero y C. Hernández (coords.), *Lengua, variación y contexto. Estudios dedicados a Humberto López Morales*, Madrid, Arco/Libros, 671-680.

- López Morales, Humberto (1984): «Desdoblamiento fonológico de las vocales en el andaluz oriental: reexamen de la cuestión», *Revista Española de Lingüística*, 14, 85-97.
- Martinet, Jeanne, dir. (1975): *De la teoría lingüística a la enseñanza de la lengua*, Madrid, Gredos.
- Moreno Fernández, Francisco (1988): *Sociolingüística en EE.UU. Guía bibliográfica crítica*, Málaga, Ágora.
- Moreno Fernández, Francisco (2009): *Principios de sociolingüística y sociología del lenguaje*, Barcelona, Ariel, 4.ª ed.
- Palmer, Gary (2000): *Lingüística cultural*, Madrid, Alianza.
- Preston, Dennis R. (2004): «Three kinds of Sociolinguistics: a Psycholinguistic Perspective», en C. Fought (ed.), *Sociolinguistic Variation. Critical reflections*, Oxford, Oxford University Press, 140-158.
- Prince, Alan y Paul Smolensky (2004): *Optimality theory: constraint interaction in generative grammar*, Oxford, Blackwell.
- Strauss, Steven L. (1982): *Lexicalist phonology of English and German*, Dordrecht, Foris.
- Walter, Henriette (1975): «Diversidad fonológica y comunidad lingüística», en J. Martinet (dir.), *De la teoría lingüística a la enseñanza de la lengua*, Madrid, Gredos, 190-206.
- Weinreich, Uriel (1954): «Is a Structural Dialectology Possible?», *Word*, X, 388-400.